

ACADEMICUS

Héroes sin fama. Una mirada sociológica del envejecimiento gay más allá del sufrimiento

Heroes without fame. A sociological view at gay aging beyond suffering

Dr. Ernesto Meccia

ernesto.meccia@gmail.com

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Sociales
Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina

Recibido: 24 de octubre de 2018 / Aprobado para publicación: 9 de diciembre de 2018

Cómo citar esta obra:

Meccia, E. (2018). Héroes sin fama. Una mirada sociológica sobre el envejecimiento gay más allá del sufrimiento. En: *Etcétera. Revista del Área de Ciencias Sociales del CIFYH*, N. 3. Córdoba: UNC. Recuperado de: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/etcetera/article/view/22590>





Resumen

Teniendo en cuenta las transformaciones de la homosexualidad durante los últimos treinta años en muchos países de Occidente, el artículo propone una reflexión sobre el envejecimiento gay. Para ello, toma como puntos de referencia dos teorías desarrolladas décadas atrás en el campo académico norteamericano (“competencia en crisis” y “envejecimiento acelerado”), con la intención de señalar sus alcances y limitaciones para pensar la vejez y el envejecimiento de los varones homosexuales en el día de hoy. Se asume que estas personas pertenecen a generaciones “bisagras”, en el sentido de que sus trayectorias biográficas han sido moduladas de diversas formas por el cambio social. Asimismo, el artículo presenta algunos datos para comparar el envejecimiento gay con el envejecimiento lesbiano, que dejarían entrever diferencias llamativas en la percepción del propio envejecimiento y en la lectura que el entorno “minoritario” hace del mismo. Por último, se procura aportar algunas reflexiones críticas en torno a la capacidad de agencia que los enfoques del envejecimiento conceden a los sujetos que estudian.

Palabras Clave

Homosexualidad - Envejecimiento - Cambio Social

1

Abstract

Taking into account the transformations of homosexuality during the last thirty years in many Western countries, the article proposes a reflection on gay aging. It takes as reference points two theories developed decades ago in the North American academic field ("competition in crisis" and "accelerated aging"), with the intention of pointing out their scope and limitations to think about old age and the aging of homosexual males in today's world. It is assumed that these people belong to "hinges" generations, in the sense that their biographical trajectories have been modulated in various ways by social change. Likewise, the article presents some data to compare gay aging with lesbian aging, which would reveal striking differences in the perception of aging itself and in the reading that the "minority"



environment makes of it. Finally, it seeks to provide some critical reflections on the agency that approaches to ageing give to the subjects they study.

Keywords

Homosexuality - Aging - Social Change

Héroes sin fama. Una mirada sociológica sobre el envejecimiento gay más allá del sufrimiento

¿Cómo pensamos el envejecimiento de los gays? ¿Qué papel juegan nuestras representaciones espontáneas en ese saber? ¿Hasta qué punto la compasión de algunos al respecto no es, en realidad, producto de sus prejuicios y, en consecuencia, una forma de desconocer otros mundos? ¿Hasta qué punto hemos dado la palabra a los propios protagonistas en esas figuras de nuestro pensamiento? ¿De qué otras formas podría visualizarse el envejecimiento gay? ¿Qué variables sociológicas implicaría? ¿Qué papel podría jugar la pertenencia generacional en relación con las transformaciones de la homosexualidad de los últimos treinta años? ¿Qué papel juega la percepción interior del transcurrir del tiempo biográfico? En lo que sigue abordaremos todas estas cuestiones, intentando contornear un debate que aún se debe el campo académico argentino en términos de investigación empírica.

Si se pide una reflexión sobre el envejecimiento gay, es altamente probable que las imágenes que se nos aparecen sean, en su mayor parte, sufrientes. Depresión, soledad, ensimismamiento, aislamiento y autoflagelación son atributos que, casi seguro, no tardarán en aparecer. Esos atributos dibujan, en lo esencial, un ser desvalido. Sin embargo, se trata de un desvalimiento extraño. Las representaciones corrientes del viejo homosexual muestran, a la par que a un ser con discapacidades de socialización (debidas a una presunta “psicología homosexual”), también a un ser dueño de una conciencia alerta -es decir, sobrecapacitado- en lo que refiere a la captura de varones, sobre todo jóvenes, sobre todo “inocentes”. El cine, hasta hace muy poco tiempo, ha sido uno de los grandes hacedores de este estereotipo.



Como suele suceder, cuando el peso de la discriminación es fuerte, los miembros de los grupos a los que está dirigida tienen en su contra todas las apariencias. Y es sabido que es difícil ir en contra de ellas. Una tarea titánica destinada al fracaso. En efecto, los discriminados adquirieron un saber no formal que Erving Goffman (1971) -a través de Jean Paul Sartre- condensó bastante bien: las sociedades “toman muchas precauciones para aprisionar a un hombre dentro de lo que es, como si viviéramos en un perpetuo temor de que pudiera escaparse de ello, de que pudiera desaparecer y eludir súbitamente su condición” (p. 87). Por eso tantas veces los discriminados prefieren no hablar. El problema es que en su lugar y sin pedir permiso hablan los demás, diciendo necedades tantas veces. Con esto queremos significar que sabemos bastante bien qué piensan sobre los viejos gays quienes no son viejos gays y que, inversamente, aún es una asignatura pendiente saber qué piensan y qué hacen en la vejez los mismos gays que son viejos o están envejeciendo.

Lo que compartiremos a continuación es una propuesta que consiste en abrir, por así decir, dos ventanas de observación empírica de un mundo que nos es bastante desconocido, en parte por nuestros propios prejuicios pero también debido a la flagrante indiferencia con que se ha mirado el tema desde los ámbitos académicos.¹

4

Aclaremos que quedaremos circunscriptos a gays mayores y adultos mayores que viven en la actualidad. Por lo tanto, a los nacidos entre los años 1930 y 1960 que, justo por eso, fueron parte (al menos potencialmente) de dos formas de socialización homosexual contrastantes: una marcada por la ocultación, el secreto y la culpa, y la otra por una creciente publicización y legitimidad de las opciones sexuales, producto, primero, de la acción de las organizaciones sexo-políticas que introdujeron la noción de “orgullo gay” y, luego, de los giros subjetivos de la cultura contemporánea.

¹ En agosto 2012, el doctor Ricardo Iacub, profesor de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, organizó las “Primeras Jornadas Internacionales de Envejecimiento LGTB” junto al Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI). Estuvo presente el prestigioso gerontólogo social Brian de Vries de la Universidad de San Francisco (EEUU).

Esta dualidad de la socialización da un especial espesor sociológico a estos viejos gays. Al respecto, no dudamos en afirmar que si lo que nos convocara fuera, en cambio, indagar cómo imaginan el envejecimiento los gays que hoy son jóvenes (esto es, quienes tuvieron a disposición desde siempre la idea de “orgullo gay”), una entrada al tema como la que estamos realizando y los razonamientos que haremos a continuación no hubieran tenido lugar (al menos en una importante medida).

Primera ventana de observación: los gays se autoperciben viejos antes de ser viejos

En los años 70, John H. Gagnon y William Simon (1973) fueron los primeros en formular una conjetura que es conocida, en la investigación socio-gerontológica, como la teoría del “envejecimiento acelerado” (*accelerated aging*). Sostenían que los varones gays se ven a sí mismos con más edad en un momento de la vida en el que sus pares etarios heterosexuales no se ven necesariamente así.

5

Desde el principio, la teoría resulta atractiva. Si de representaciones e imaginarios sociales queremos hablar, convendría hacer notar cómo esta percepción del rango etario está más que presente y de un modo trans-generacional -por ejemplo- en el humor gay, o en los argumentos de las viejas películas que han sido consagradas “de culto” por sus propios consumidores. Más de un lector recordará que en las fiestas gays suelen no faltar bromas respecto de la edad y el aspecto físico de gays que son jóvenes y hasta muy jóvenes, y que esas bromas toman como jocoso parámetro portentosas damas interpretadas por las divas de Hollywood y de otras cinematografías, todas acechadas por la madurez y empeñadas en retener a su lado chongos jóvenes.

Por su parte, el investigador Richard Friend (1980) refiere una anécdota contundente que da oxígeno a la teoría: cuenta que sobre finales de los años 70, al planificar un estudio cualitativo sobre el envejecimiento gay, intentó armar una

muestra al azar a partir de la publicación de un aviso clasificado en una revista comunitaria gay. El investigador buscaba varones homosexuales de los “viejos” para realizar entrevistas biográficas. Quedó sorprendido de haber recibido un número considerable de respuestas por parte de personas que rondaban, hacia arriba y hacia abajo, los 40 años. Algo, en principio, impresionante.

Sin embargo, para un analista de la sociedad la sorpresa es el primer paso de la reflexión. Lo que sigue es comenzar a asomarse de a poco a esta forma de percepción del tiempo, a meter la mirada dentro de las cabezas que piensan así y, recién entonces, tener elementos para armar un argumento. Aquí es Goffman (1984) quien nuevamente nos ayuda: “creía entonces, y sigo creyendo, que cualquier grupo de personas (...) desarrolla una vida propia que se convierte en significativa, razonable y normal desde el momento en que uno se aproxima a ella” (p. 11).

Por un lado, no sería correcto hacer frente a esta visión del tiempo en términos “negacionistas”, esto es, afirmando que también los y las heterosexuales perciben el paso del tiempo con precocidad porque vivimos en una sociedad que hizo del “viejismo” una ideología de la inferioridad. Pero, por otro lado, tampoco estas percepciones deberían servir para afirmar que los gays tienen una lectura “errada” del tiempo. Ambos pensamientos (el negacionista de la especificidad: “finalmente a todos nos pasa lo mismo” y el ingenuo: “el tiempo es objetivo y quienes no lo perciben así, no leen bien la realidad”) representarían formas rápidas de sacarse el problema de encima en vez de enfrentarlo.

Al contrario -como dijimos- tendríamos que aprender a ver desde la óptica de los mismos gays este movimiento acelerado del almanaque interior. La idea, precisamente, es dejar de lado la búsqueda de una unidad de medida objetiva desde donde observar el tiempo biográfico, y observar concretamente que en el almanaque o las agujas del reloj se condensa el alineamiento (nada universal) que distintos sectores sociales realizan respecto de normas invisibles que demuestran que el tiempo es una implacable institución de coerción cultural.

En investigaciones más recientes, el gerontólogo social Robert Schope retoma algunas ideas de la teoría del envejecimiento acelerado. Y aporta reflexión sugestiva:



“Los hombres gay pueden interpretar envejecimiento en forma “inapropiada” porque carecen de los “marcadores” sociales que guían la percepción del tiempo de los heterosexuales” (2005: 25). Los “marcadores” hacen referencia al conjunto de lo que llamo los “espaciadores biográficos” (Meccia, 2018) que las sociedades convencionalizan, es decir, al conjunto de los ritos de pasaje que llevan ciertas ínsitas prácticas sociales y reorganizaciones psíquicas. Schope afirma que los homosexuales viejos no tienen esos marcadores, o mejor, que su psiquis no está marcada por ellos y, por lo tanto, ven el tiempo de otra forma.

Damos algunos ejemplos de “marcadores” o “espaciadores biográficos”. Son bien conocidos: el casamiento, la paternidad, la maternidad o la viudez (y dentro de cada espaciador, rituales más pequeños: bautismos, egresos, ceremonias) son instituciones sociales que marcan el tiempo, que dan ritmo a la vida, que suministran ideas de “antes y después” y de “tarde” o “temprano”. En consecuencia, otorgan a los sujetos un sentido del momento en que se encuentran dentro de la carrera biográfica. Junto a Schope, nosotros postulamos que, claramente, los viejos homosexuales de nuestras reflexiones fueron privados de esos espaciadores, producto de la discriminación y la marginalización de la homosexualidad de la vida social.

7

Los homosexuales que estudiamos fueron jóvenes entre los años 1950 y 1980. Pensemos: tramitaron su primera subjetividad en entramados sociales adversos, cuyas instituciones -principalmente la familia- eran puntos de fuga o lugares para el silencio, la discreción y el manejo paroxístico de la información. ¿Qué idea del tiempo puede tener un sujeto que no puede participar abiertamente de las instituciones que llevan el ritmo de la vida social?

Si la situación era así, correspondería plantear que, desde temprano, estos varones homosexuales sintieron que estaban fuera de la historia, o que la historia era algo que les sucedía a los demás, a los otros, es decir, a los heterosexuales. Vieron a sus hermanos y a sus hermanas cumplir las ritualidades ratificadoras de que el tiempo transcurría y que, en consecuencia, “se vivía”. El tiempo no paraba para los demás cuando el tiempo estaba detenido para ellos. Si imaginariamente un

almanaque funcionaba, ése era el de la sociedad heterosexual; el de ellos, el almanaque interno (si es que cabe hablar de su existencia) estaba detenido. La vida era un espectáculo obligado que ellos veían desde la banquina, o algo parecido a un tren que veían pasar pero no podían tomar.

Es probable que, a esta altura, tengamos parte importante de nuestra respuesta al misterio del envejecimiento acelerado: los gays mayores y adultos mayores se sienten adultos antes de tiempo porque les faltaron espaciadores biográficos.

Podemos seguir con más preguntas: ¿Qué espaciadores? ¿Cuáles? ¿Desde cuándo faltaron? Estimamos que estas personas habrían vivenciado las mismas etapas que sus pares etarios heterosexuales hasta inicios de la juventud, momento revelador de los sentimientos y las emociones sexuales, necesitadas rápidamente de ocultamiento y silenciamiento en aquellos contextos sociales. A partir de entonces, las puertas de las vivencias mayoritarias quedaban abiertas solo para quienes quedaban “dentro” de la historia, los que seguían en carrera biográfica.

El antropólogo Carlos Eduardo Henning (2016), en sus investigaciones realizadas en Brasil, llega a una conjetura parecida presentando el concepto de “teleología heteronormativa”:

Desde el punto de vista de mis interlocutores (...) ellos habrían experimentado a lo largo de la vida una fuerte presión para el cumplimiento de ciertas convenciones sociales sobre lo que "debería" ocurrir en cada momento así como en sus puntos de transición. (...). Tales presiones habrían sido elementos que impactaron de modo no despreciable en determinados rumbos que sus vidas habrían tomado. (...). Mi análisis apunta que cada momento en el recorrido biográfico, así como sus transiciones, están atravesados por influyentes referenciales normativos heterosexuales. Este conjunto de elementos, a su vez, se consubstanciaría en lo que propongo denominar (...) una teleología heteronormativa (p. 346).

Nuestra conjetura es que los varones heterosexuales tuvieron más probabilidad de sentirse “jóvenes” que los varones homosexuales, porque cumplían



dentro de la “juventud” con ritos socialmente convencionalizados. Con más frecuencia que los segundos, sus prácticas les permitían validar las etiquetas culturales hegemónicas de “juventud” que tenían incorporadas. En cambio, mayormente privados de estas posibilidades, los homosexuales “saltaban” esta rica etapa de posibilidades de autodefiniciones personales y se encaminaban más rápido hacia la “madurez”. Como consecuencia, la vida daría un gran salto hacia adelante.

Pero lo dicho es una parte de la respuesta al envejecimiento acelerado. La situación descrita –dramática en sí misma- tuvo otro drama inconmensurable que trajo más consecuencias para dar crédito a la teoría que estamos presentando: el advenimiento del SIDA.

¿Cómo no ponderar en este gran salto adelante la súbita aparición de sentimientos de pérdida y duelo en los años 80 y 90 dentro de las comunidades homosexuales? En esa tremenda coyuntura, quienes hoy son gays adultos y adultos mayores también tuvieron que hacerse grandes de golpe y a los golpes, experimentando en plena juventud gigantescas pérdidas afectivas; esas pérdidas que la mayoría de sus pares etarios heterosexuales comenzarían a experimentar 30, 40 años después.

Para que tengamos más idea de lo que estamos refiriendo, una investigación basada en encuestas de John Martin y Laura Dean, publicada en 1993, informa que el 30% de los varones homosexuales integrantes de la muestra perdieron dos (2) o más personas cercanas y casi la mitad de la muestra tres (3) o más personas cercanas (entendiendo por “cercanas”, amantes, ex amantes y amigos íntimos, o sea, excluyendo amigos de amigos y conocidos en general, lo cual lleva a sumas abrumadoras para cualquier sensibilidad media). Todo ello tomando como referencia el año 1987.

En consecuencia, vemos otro importante factor -la experiencia cultural de la muerte adelantada, todo un alterador generacional- que transportaría a sus integrantes rápidamente hacia la vivencia de eventos propios de otra etapa de la vida. Y es que pareciera que todo les llegó antes no obstante -paradoja- estar afuera

de la historia. ¿Cómo, bajo todas estas condiciones, no sentirse maduros antes de tiempo?

Una reflexión paralela, que requiere de muchas investigaciones más (ver cuadros 1 y 2) es que la percepción del tiempo varía según lxs entrevistadxs sean gays o lesbianas. Robert Schope (2005) presenta los resultados de una encuesta en la que se preguntaba cómo la “sociedad gay” y la “sociedad lesbiana” percibían el envejecimiento de gays y lesbianas. Las respuestas tenían que ubicarse en una escala que incluía: “terrible”, “tolerable”, “aceptable”, “buena” y “fantástica”. Los varones gays elegían, en un porcentaje significativo, las opciones “terrible” y “tolerable”, en tanto las mujeres lesbianas las opciones “aceptable” y “buena”. Luego, preguntados por cómo veían su propio envejecimiento, aunque con menos énfasis, la tendencia general se mantenía: una visión más negativa por parte de los varones.

Concretamente, en el cuadro número 1 se observa que el 83 % de los varones encuestados creen que la sociedad gay percibe como “terrible” o “tolerable” el envejecimiento frente a un porcentaje que baja al 21.9 en las mujeres lesbianas encuestadas. Inversamente, estas mujeres, en un 69.5 % responden que la sociedad lesbiana percibe el envejecimiento de modo “aceptable” y “bueno” contra un porcentaje que desciende a un 14,9 en los varones homosexuales encuestados. Estas cifras que presentamos abren la puerta a otro tema de investigación: las formas internas de tramitación del tiempo y de percepción biográfica que, al tiempo que condicionadas gravosamente desde el exterior, también son gestionadas diferencialmente desde el lesbianismo y la homosexualidad.

La complejidad del tema es, entonces, doble. Por un lado, la lectura diferencial del tiempo de una minoría respecto de la mayoría y, por otro, la lectura diferencial del tiempo de dos minorías. Todas (mayoría y minorías) inmersas en el curso de “su” historia y de “la” historia. El antropólogo Júlio Assis Simoes, de la Universidad de San Pablo, se ocupa extensamente de las distintas lecturas del paso del tiempo que realizan sociedades y grupos sociales. Señala que “envejecimiento y sexualidad son temas que remiten a la confluencia y a la confrontación entre el cuerpo y la cultura. Pensar en ambos nos lleva invariablemente a considerar las

tensiones entre la facticidad material del cuerpo y su construcción social” (2004: 416), y que, por lo tanto, es imprescindible incorporar como variables los cambios históricos y culturales que modelan las transiciones entre diferentes momentos de la vida. Un programa de investigación tal es posible de concretar a través del paradigma del “curso de vida” que

[...] se plantea como tendencia alternativa hacia el reconocimiento de que cualquier punto de la trayectoria de vida necesita ser analizado desde una perspectiva dinámica como consecuencia de experiencias pasadas y expectativas futuras y de una integración entre los motivos personales y los límites del contexto social y cultural correspondiente (Simoes, 2004: 423)

Esta línea también es sostenida en una reciente publicación del sociólogo Fernando Rada Schultze (2018), quien, trayendo a Norbert Elías, remarca la alta síntesis simbólica que es el tiempo “con cuyo auxilio pueden relacionarse posiciones en la sucesión de fenómenos físicos naturales, del acontecer social y de la vida individual” (p. 40).

Segunda ventana de observación: los gays están más preparados para envejecer que los heterosexuales

En los años 70, en Estados Unidos, paralelamente a la teoría que presentamos, comenzaron a elaborarse otros enfoques sobre el envejecimiento gay, no necesariamente incompatibles. Los mismos tenían por objetivo combatir el amplio y extendido estereotipo de que para los homosexuales era difícil sobrellevar la vejez que, en sí misma, era considerada una nueva estación del *vía crucis* biográfico. Ese estereotipo postulaba de antemano una psicología del homosexual frágil y sufriente, propensa a la depresión y el aislamiento.

Entre los investigadores innovadores estaba Douglas C. Kimmel (1978, 1979), quien sostenía que para los gays el envejecimiento no es traumático y sí lo es



para los heterosexuales. Basándose en entrevistas en profundidad, elaboró la tesis de la “competencia en crisis” (*crisis competence*), por cierto, igual de atractiva que la teoría del “envejecimiento acelerado”. Aunque no seremos concluyentes, entendemos que esta segunda ventana de observación tiene la misma potencialidad para el análisis de lesbianas adultas y adultas mayores.

¿Cuál es el significado de la “competencia en crisis”? Básicamente, que los varones homosexuales, a partir del *turning point* de la relevación de la condición sexual (no olvidemos los años en que estamos referenciados: jóvenes entre 1950 a 1980), tuvieron que aprender a enfrentar distintas e implacables fuentes de rechazo social: desde la familia, pasando por la escuela, el trabajo y los círculos sociales en general. Esta circunstancia los convirtió en expertos precoces en el manejo de crisis, en sabios gestores de la adversidad, en campeones en el desarrollo de una inteligencia situacional que les permitiera salir airoso cuando todo el mundo quería aplastarlos. Como el Ave Fénix, a pesar de todo, ellos siempre renacían y, si no renacían, por lo menos (que es decir “mucho”) sabían cómo ponerse a salvo de las barbaries cotidianas.

El principal capital experiencial con el que contaban consistía en haber desarrollado una documentada erudición profana para, sino solucionar, sí manejar situaciones apremiantes renovadas e inmerecidas. Bastante al revés de lo que podrían sentir los gays desde la teoría anterior (estar fuera de la historia o haberse quedado fuera de ella), aquí tendríamos que desde muy temprano se tendría la percepción de tener historia, mucha historia. Si estos sujetos miraban hacia atrás, la visión del camino estaría poblada de estaciones de un *vía crucis* que demostraba que habían vivido o -mejor- que habían logrado sobrevivir por encima de las posibilidades que les imponía la cruel sociedad homofóbica.

O sea que la vida -en efecto- había sido un *vía crucis*, pero ellos no terminaron crucificados gracias a la forma en que aprendieron a manejarse, aprendizaje inseparable de las recetas que les pasaban otros homosexuales, sus compañeros de infortunio. Puestos a ver su trayectoria biográfica, podrían observar y valorar cuánto habían logrado, a un punto tal que podrían dar crédito a aquellas famosas

palabras de Friedrich Nietzsche, que dicen: “aquello que no te mata, te fortalece” o “el veneno que hace perecer a las naturalezas más débiles, fortalece al fuerte.”

Sí: una cosa serían los homosexuales deprimidos de la pantalla del cine y de los tratados de psicoanálisis y psiquiatría, y otra los viejos putos de la vida real: “súper-hombres” de la vida cotidiana, resistentes a miles de injusticias, expertos en ubicar al mundo en su lugar o en ubicarse fuera del mundo, héroes sin fama dentro de una galaxia pestilente de homofobia que intentaba aplastarlos con *tsunamis* humillantes de todo tipo.

Ubicarse fuera del mundo: he aquí una forma de combatir el estereotipo de la “soledad”. Estos homosexuales no eran solitarios por naturaleza psicológica, sencillamente sabían lo nocivo de estar en ciertas compañías.

Si estos eran los antecedentes socio-biográficos: ¿qué chances podría tener la vejez de aparejar una crisis especialmente severa? ¿qué chances, si estos señores ya habían vivido y manejado muchas más crisis que sus pares heterosexuales? Esta teoría sostiene que las posibilidades de crisis son comparativamente pocas porque esta subjetividad homosexual poseía un *stock* de conocimiento situacional de probada eficacia anti-cataclismos. Y es que para ellos, en rigor, la adversidad y el sufrimiento habrían funcionado como “escuelas de vida”, que hasta les permitían dar consejos a los demás. Con tantos antecedentes, la teoría propone que estaban más preparados para envejecer que los heterosexuales mayores.

Vayamos con un argumento adicional: quien se volvió competente para administrar crisis recurrentes no tendría que aprender en la vejez a vivir solo, ni a cocinar, ni a lidiar con las cuestiones de la casa, ni a encarar sus cuestiones de salud, ni a planificar la semana, ni a mirar televisión solo. Quienes sí pasarían por ese aprendizaje serían los heterosexuales, característicamente cuando enviudan. Como vemos, varios de estos aprendizajes no se pueden separar de la división sexual del trabajo imperante en la galaxia patriarcal.

Así, a contrapelo de sendos estereotipos, la homosexualidad *per se* no sería un factor de mal envejecimiento. Es claro que al autor tomó en cuenta cuestiones penosas que le señalaron los entrevistados (los problemas de salud, y/o los ingresos



monetarios insuficientes, y/o la depresión por la jubilación y por la des-socialización creciente), pero, a los fines que estamos argumentando, vale señalar que las mismas no son imputables a la homosexualidad en sí misma sino que son cuestiones que la trascienden y abarcan la forma general en que las sociedades occidentales destratan a adultas y adultos mayores.

No obstante, más allá de estas pinturas promisorias, se pueden consultar algunas investigaciones que incitan a la duda. Por ejemplo, los planteos del gerontólogo social Brian De Vries (2009), llevan a ver con detenimiento si las habilidades de los “súper-hombres” expertos en el manejo de adversidades no tienen serias limitaciones según el ámbito social en el que deban involucrarse, por ejemplo, los entornos médicos y de cuidados de la salud en general. En un estudio, el 18 % de los gays manifestaron una valoración negativa de los servicios de salud puesto que sus efectores son insensibles frente a la orientación sexual. Y acaso sería adecuado plantear que la percepción de este destrato se condensa en que un 25 % de los gays respondieran que directamente no manifestaron su condición sexual o raramente hablaron de ella al no considerarla relevante. Un doliente mecanismo psicológico de negación puesto al servicio de la defensa del yo, a la preservación de una imagen congruente con el medio-ambiente. Queremos significar: varones gays que probablemente –competencia en crisis mediante- pudieron hacer el *coming out* ante su familia y que se quedarían, sin embargo, en situación de *coming in* en lo que a comunicación de cuestiones de salud respecta. Dicho no sea de paso, un gran tema de estudio para la comunicación en salud. A los fines de nuestro argumento, en estos casos, más que ante la competencia en crisis estaríamos ante la extraña competencia de saber cómo volver al armario y prestarse al viejo juego de las apariencias.

Tercera ventana de observación: una mirada a construir

Una mirada a construir en especial en nuestro país, donde prácticamente no sabemos nada sobre el envejecimiento gay y lesbiano.



Queremos cerrar reflexionando a partir de un estudio recién publicado (agosto de 2018) por el Williams Institute de Orientación Sexual e Identidad de Género, Ley y Políticas Públicas con sede en la Facultad de Derecho de Universidad de California. Las cifras que trajimos a nuestra conferencia corresponden a estudios que inician en los años 70 y culminan en los primeros años del siglo XXI. Es necesario preguntarse desde la situación más actual posible. ¿Qué podríamos decir, hoy, sobre el envejecimiento gay? No hacemos esta pregunta solamente porque se han ido modificando los entramados jurídicos, sino porque también se han pluralizado los estilos de vida, los tipos de convivencia, las relaciones íntimas, los tipos de cuidado, la manifestación de las emociones, y un largo etcétera. En muchos aspectos, ya no estamos en los pesados contextos que tuvieron que cargar las personas de quienes hablamos. Entonces, si cambiaron los contextos: ¿en qué medida pudo haber cambiado el envejecimiento de los gays?

El estudio informa sobre la situación de personas gays, lesbianas y bisexuales en California. Se trabajó sobre una muestra, dividida en dos grupos de edad: de 50 a 64 años y de 65 y más. Es la primera vez que se pregunta sobre orientación sexual a la gente de más de 65. Hay dos cifras que llaman la atención. Primero, la gente LGB sigue teniendo más probabilidades de vivir sola en la vejez. Comparadas con los heterosexuales, la relación es de 13,6 a 30,6% en el grupo de 50 a 64 y de 26,2 a 39,8% para el grupo de 65 y más. Segundo, sin duda relacionado con lo anterior, tenemos que las personas LGB consultan más Internet para informarse sobre cuestiones de salud que los heterosexuales. La relación es de 52,8 a 68,9 % para el primer grupo y de 37,5 a 50,7 % en el segundo.

Si pudimos hacer de estas reflexiones un buen escrito, ya no tendríamos por qué ver directamente allí viejos desvalidos, incapaces de socializar, solitarios incurables o tímidos de relacionarse con el mundo convertidos en internautas a fuerza de pura fobia.

Tal vez ahora tengamos algunos elementos para poder ver un poco más de decisiones y preferencias que discapacidades, un poco más de iniciativas e inquietudes que dejadez y retraimiento, en fin, un poco más de bienestar del que



fuimos capaces de pensar que podía crearse un colectivo de personas discriminadas e invisibilizadas. Que se entienda bien: no estamos hablando de una situación ideal realmente existente; estamos refiriéndonos a cómo pensamos nosotros que pueden vivir los demás.

Muchas veces nos engolosinamos con las imágenes de la discriminación y la inferioridad. Son tan potentes que nos impiden imaginar que la gente puede levantar la cabeza, a pesar de todo. Tal vez, años y años de enseñanzas académicas unilaterales en torno a los descomunales poderes de los sistemas de opresión, nos hayan impedido observar -o el menos tener en agenda de observación- que la gente es víctima pero que esta no es una condición estanca. Y así el pensamiento se vuelve arbitrario, como comprobamos a poco de pensarlo.

Cuando un adulto o adulta mayor viuda y decide quedarse solo, rechazando -si es que llega- la oferta de algún hijo de ir a vivir con él, no es raro escuchar por parte de sus familiares que lleva bien la viudez y que está bien en su mundo. O sea, no es raro escuchar cómo se valora la autonomía de exx heterosexual viudx. Cabe cerrar entonces con preguntas: ¿por qué no existe el pensamiento de que los viejos gays también pueden estar bien en su mundo? ¿Qué sucede que no se han desarrollado capacidades de visión de otras autonomías? ¿Qué sucede, en definitiva, que se le sigue negando mundo propio a los demás?

CUADRO 1

CÓMO <u>LA SOCIEDAD GAY Y LESBIANA</u> PERCIBE EL ENVEJECIMIENTO GAY Y LESBIANO					
	TERRIBLE	TOLERABLE	ACEPTABLE	BIEN	FANTÁSTICO
VARONES (n = 74)	34 (45.9 %)	28 (37.8 %)	11 (14.9 %)	0 (0.0 %)	1 (1.4 %)
JÓVENES (n = 52)	26 (50.0 %)	20 (38.5 %)	5 (9.6 %)	0 (0.0 %)	1 (1.9 %)
MADUROS Y MÁS (n = 22)	8 (36.4 %)	8 (36.4 %)	6 (27.3 %)	0 (0.0 %)	0 (0.0 %)
MUJERES (n = 104)	4 (3.8 %)	19 (18.1 %)	38 (37.1 %)	34 (32.4 %)	9 (8.6 %)
JÓVENES (n = 51)	3 (5.9 %)	11 (21.6 %)	19 (37.3 %)	14 (27.5 %)	4 (7.8 %)
MADURAS Y MÁS (n = 53)	1 (1.9 %)	10 (18.3 %)	20 (36.5 %)	17 (32.7 %)	5 (8.7 %)

CUADRO 2

CÓMO <u>GAYS Y LESBIANAS</u> PERCIBEN SU PROPIO ENVEJECIMIENTO					
	TERRIBLE	TOLERABLE	ACEPTABLE	BIEN	FANTÁSTICO
VARONES (n = 74)	4 (5.4 %)	21 (28.4 %)	20 (27.0 %)	25 (33.8 %)	4 (5.4 %)
JÓVENES (n = 52)	3 (5.8 %)	15 (28.8 %)	14 (26.9 %)	18 (34.6 %)	2 (3.8 %)
MADUROS Y MÁS (n = 22)	1 (4.5 %)	6 (27.3 %)	6 (27.3 %)	7 (31.8 %)	2 (9.1 %)
MUJERES (n = 104)	1 (0.9 %)	11 (11.0 %)	33 (32.2 %)	40 (38.5 %)	19 (18.3 %)
JÓVENES (n = 51)	0 (0.0 %)	6 (11.3 %)	17 (34.0 %)	15 (30.2 %)	13 (24.5 %)
MADURAS Y MÁS (n = 53)	1 (1.8 %)	6 (10.9 %)	15 (29.1 %)	24 (45.5 %)	7 (12.7 %)

Fuente: SCHOPE, R. (2005). Who's Afraid of Growing Old? Gay and Lesbian Perceptions of Aging. En: *Journal of Gerontological Social Work*, V. 45 (4), pp. 23-38. UK: Tylor & Francis.



BIBLIOGRAFÍA

Assis Simoes, J. (2004). Homossexualidade masculina e curso da vida: pensando idades e identidades sexuais. En: Carrara, S., Gregori, M. F., y Piscitelli, A. (orgs.), *Sexualidade e saberes: convenções e fronteiras*. Rio de Janeiro. Garamond.

Brown, L., Alley, G., Sarosy, S., Quatro, G., y Cook, T. (2002). Gay men: aging well!. En: *Journal of Gay and Lesbian Social Services*, V. 13(4), pp. 41-54. UK: Tylor & Francis.

Choi, S. K., Kittle, K., y Meyer, I. H. (2018) *Aging LGB adults in California: findings from the 2015–2016. California Health Interview Survey*. Los Angeles: The Williams Institute.

De Vries, B. (2009). Aspects of death, grief, and loss in lesbian, gay, bisexual and transgender communities. En: Doka, K. J., y Tucci, A. S. (eds.), *Living with grief: diversity and end-of-life care*, pp. 243-257. Washington D.C.: Hospice Foundation of America.

Friend, R. (1980). Gay aging: adjustment and the older gay male. En: *Alternative Lifestyle*, V. 3 (2), pp. 231-248.

Gagnon, J., y Simon, W. (1973). *Sexual conduct: the social source of human sexuality*. Chicago: Aldine.

Goffman, E. (1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.

Goffman, E. (1984). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.

Henning, C. E. (2016). "Na minha época não tinha escapatória": teleologias, temporalidades e heteronormatividade. En: *Cadernos Pagu*, N. 46, pp. 341-371. Campinas: UNICAMP.

Iacob, R. (2013). Interview with Brian de Vries. En: *Kairós Gerontología*, V. 16 (1), pp. 273-279. San Pablo: PUCSP.

Kimmel, D. (1978). Adult development and aging: a gay perspective. En: *Journal of Social Issues*, V. 34 (3), pp. 113-130. Nueva Jersey: Wiley-Blackwell.

Kimmel, D. (1979). Life-Story interviews of aging gay men. En: *International Journal of Aging and Human Development*, V. 10 (3), pp. 239-248.

Martin, J., y Dean, L. (1993). Bereavement following death from AIDS: unique problems, reactions, and special needs. En: Stroebe, M., Stroebe, W., y Hansson, R. O. (eds.), *Handbook of bereavement: theory, research, and intervention*, pp. 315-330. New York: Cambridge University Press.

Meccia, E. (2011). *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad*. Buenos Aires: Gran Aldea Editores.

Meccia, E. (2017). ¿Quién Teme al Espejo? Una polémica sociológica en torno a cómo los gays ven el envejecimiento gay. En: *Research on Ageing and Social Policy*, V. 4 (1), pp. 70-95.

Meccia, E. (2018). Los viejos putos. En: *Revista Anfibia*. Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín. En línea en: <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/los-viejos-putos/>

Meyer, I. (2003). Prejudice, social stress, and mental health in lesbian, gay, and bisexual populations: conceptual issues and research evidence. En: *Psychological*



Bulletin, V. 129 (5), pp. 674-697. Estados Unidos: American Psychological Association.

Rada Schultze, F. (2018). *La diversidad en el curso de la vida. Cambios y continuidades en el envejecimiento de gays, lesbianas y trans*. Buenos Aires: Teseo.

Schope, R. (2005). Who's afraid of growing old? Gay and lesbian perceptions of aging. En: *Journal of Gerontological Social Work*, V. 45 (4), pp. 23-38.



Sobre el autor

ERNESTO MECCIA es Doctor en Ciencias Sociales, Magíster en Investigación en Ciencias Sociales y Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Es profesor regular de grado y posgrado en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional del Litoral. Investiga la homosexualidad masculina, prestando especial atención al cambio social y sus impactos en la subjetividad de distintas generaciones. Es autor de “La cuestión gay. Un enfoque sociológico” (2006), “Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad” (2011) y “El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia” (2016). Sus temas generales de interés son: las metodologías cualitativas, las dinámicas de la discriminación, los enfoques socio-narrativos y el interaccionismo simbólico.